

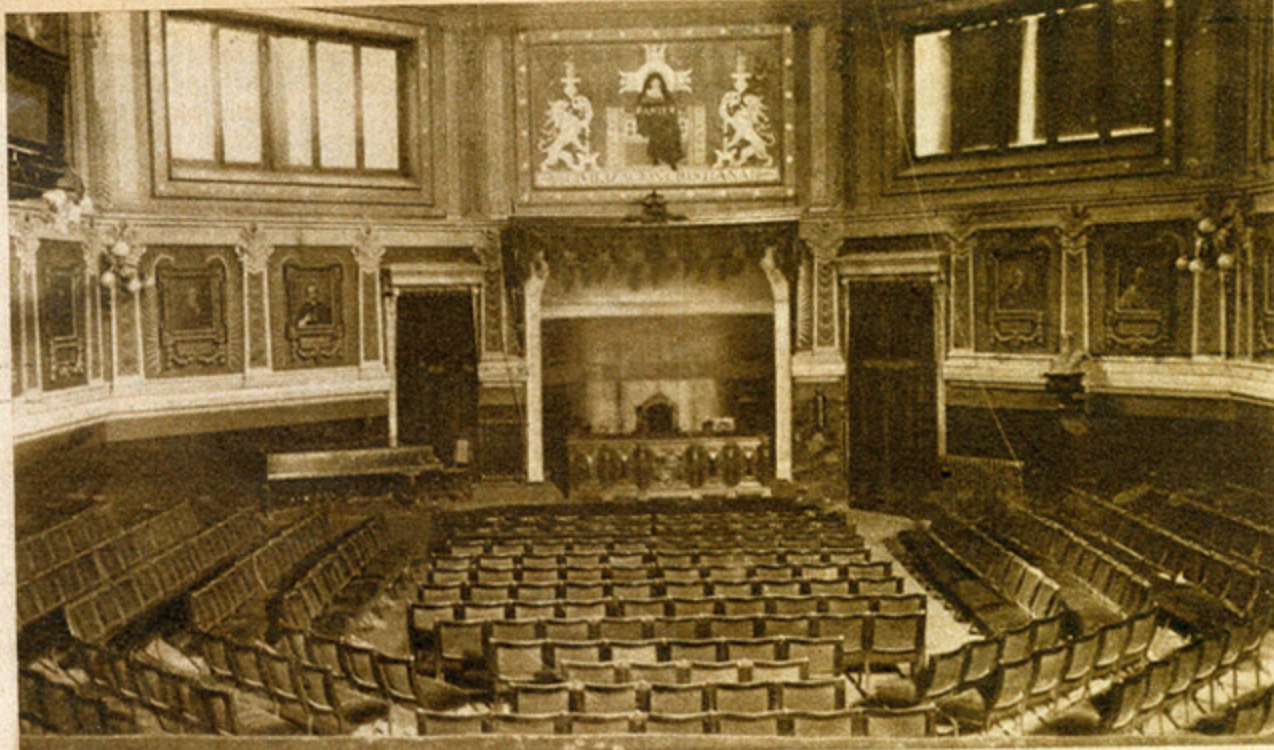
La "ciudadela" de la calle del Prado.

Treinta años de Ateneo vistos y oídos por el consecuente ateneísta don Mario Roso de Luna.

De nuevo ocupa el Ateneo de Madrid el centro de la actualidad política. Sus acuerdos motivan intervenciones judiciales, y es propósito del Gobierno incluirle en la Ley de Asociaciones, limitando así la libertad de cátedra, tradicional en la vieja institución. Se discute por unos y por otros acerca de si la «Docta Casa» tiene ó no tiene derecho á inmiscuirse en la cosa pública, como tal organismo. No vamos nosotros—ni este es el lugar—á sopesar la razón ó la sinrazón de unos y de otros. Sólo recordaremos brevemente, en estas líneas, algunos episodios de la vida del Ateneo, evocados por este gran don Mario Roso de Luna, que tiene á su haber sus buenos treinta años de vida ateneísta.

APUNTE DE LA CASA DE MINERVA

COMO esas pipas color de caramelo bruñidas y tostadas por los años, así está hoy el viejo Ateneo matritense, lo que se dice aculotado por todos los humos de la polémica. ¡Qué institución más siglo XIX es esta del Ateneo de Madrid! Institución exaltada, un poco barroca, liberal hasta el entresijo, pronta á armar una controversia en la punta de un flo-



Salón de Actos del Ateneo de Madrid, cuya tribuna ha sido cátedra para todas las grandes figuras españolas de la Ciencia, de la Literatura y del Arte contemporáneos, en la marcha de nuestro país hacia el progreso universal, para el que no existen fronteras y ante el cual son solidarios todos los pueblos.

rete y fiscal implacable de todo desafuero, venga de quien venga. Estos caballeritos estudiosos y parlanchines aplican á todo el aguafuerte de la verdad, y la teoría ó la prédica que no da el subidísimo número de quilates que es menester la desdennan como floripondio retórico, fofo y desu' stanciado por dentro.

El Ateneo podía muy bien escribir en su pórtico, como cifra de su actuación de siempre, esta leyenda inquebrantada y vigorosa: «¡Atrás los camelos!» Camelos científicos, artísticos, políticos, literarios ó sociales. En aquellos salones mitad clásicos y románticos—candelabros isabelinos, mármoles griegos, oros y arrequives de la Restauración—, se han despanzurrado todos los fetiches que la ignorancia ó la picardía elaboraron á lo largo del tiempo: se han gustado todos los jarabes de la elocuencia; se ha dicho sí ó no á los apotegmas más solemnes, y la afirmación ó la negación ateneísticas fueron como el marchamo válido ó inválido de las aduanas del saber. Ciudadela de la inteligencia, capitalidad del espíritu, verbo de la verdad se le ha llamado á aquella Casa, con otros requiebros no menos sonoros

y representativos. Como véis, no hace falta que le colguemos nosotros ninguno, y sí que vayamos, sin más demora, al encuentro de este ateneísta tipo que es «el Mago de Logrosán», á recoger de sus labios flores de anécdota y recuerdo, tan abundantes siempre en la gracia antigua de su charla.

ALGUNAS ANÉCDOTAS: GALDÓS, COSTA Y VALERA, EN EL ATENEO

—¿Cosas del Ateneo? ¿Que le cuente cosas del Ateneo? Pero, ¿usted sabe lo que pide, amigo Massa? Para hablar del Ateneo hace falta un libro por delante, y aun así y todo, no agotaríamos ni la mitad del tema.

—¿Recuerda usted á Galdós, á Costa, á Valera por estos salones?

—¡Vaya si los recuerdo! Galdós, allá á principios del siglo, extinta ya casi la luz de sus pupilas, le gustaba venir por aquí á prima tarde; se sentaba con nosotros en la «cacharrería», y sin deslirse la bufanda del

cuello ni dejar un segundo de chupetear en sus cigarrillos de á quince, escuchaba á todos como un bendito, sin hacer el más leve comentario por su parte. Únicamente cuando se hablaba del Madrid de la Gloriosa, de la Restauración, solía él tomar la palabra, y, prendidos en la maravilla de su recuerdo, vivíamos con precisión de realidad, aquellos tiempos y lugares tan conocidos y amados por don Benito. Costa era el reverso de Galdós: ímpetu, fulminación, energía. Bajo estos techos pronunció por primera vez, como un dios de piedra, aquellas frases famosas del «cirujano de hierro», «escuela y despena», «latifundios para el pueblo» y otras por el estilo. Parecía mentira que de aquel cuerpo, tan caduco en los últimos años (para subir á la biblioteca tenía que apoyarse en dos ordenanzas que casi lo transportaban en vilo), saliese aquel torrente de imprecaciones, aquella voz apocalíptica que ponía los pelos de punta. Luego, en el fondo, era la terneza de las ternezas. Pero, ¡caray!, con el látigo en la mano, sonriase usted de las doce plagas de Egipto. Al lado de estas figuras tan opuestas—Galdós y Costa—estaba la gracia y la flor de la ironía: Valera. ¡Prodigioso conversador é infatigable polemista don Juan! Llegar don Juan al Ateneo y rodearle hasta el gato para gozar de su palabra, todo era uno. Pero más que hablar él sólo, lo que le gustaba era discutir. Discutir con quien fuera y de lo que fuera. En la discusión estaba el fuerte de aquel hombre, tan maestro en todo. Recuerdo una tarde en que se enzarzaron en disputa Octavio Picón y él: don Jacinto atacando la



Uno de los salones de la Biblioteca del Ateneo... Sobre esos pupitres y bajo esas lámparas se han formado, intelectualmente, muchas generaciones de muchachos... Raros son los españoles ilustres del comienzo del siglo actual y del fin del siglo anterior que no hayan estudiado en esa Biblioteca y que no le deban las mejores galas de su saber y las más claras orientaciones de su pensamiento.

(Fots. Piortiz)



A la izquierda: el vestíbulo "de los retratos", contiguo al Salón de Actos, donde se forma en cada tarde la tertulia de los jóvenes, presidida por las imágenes prestigiosas de los viejos...

A la derecha: la "Cacharrería", que aún guarda los ecos de la palabra de Costa, de Galdós, de Valera y de tantos insignes españoles, para quienes el Ateneo fué hogar inviolable del pensamiento.

(Fots. Plortiz)



inmoralidad del teatro contemporáneo, y Valera defendiéndola, ó por lo menos no admitiendo que fuese tara privativa de este siglo. Le demostró, con aquella copia de ejemplos que sólo Valera era capaz de manejar, que el teatro de los siglos XVI y XVII era mucho más indecoroso que el nuestro, recitando en español, francés é inglés algunos pasajes dramáticos como para ruborizar á un sargento de la Remonta. Picón, naturalmente, se dió por vencido. Otro día, contradiciendo á Núñez de Arce, nos convenció á todos de que Torquemada había sido poco menos que un santo... ¡Cómo se reía después don Juan de estos sofismas! Demócrata en espíritu, le molestaba mucho la ineducación y desaseo de la gente. Alguien le reprochó una noche esta su democracia de *doublée*. A lo que respondió Valera: «Amigo mío, todo estriba en el lugar que situemos la democracia; ustedes la s'enten en el corazón; yo la siento en la nariz.»

o o

Sería cuento de nunca acabar seguir paso á paso este relato interminable—y sabrosísimo—que nos hace Roso de Luna de «cosas del Ateneo». Dejemos, pues, en apunte las sesiones espiritistas de Benavente, Cejador, Nilo Fabra, etc., invocando al genio de Lutero

OMEGA

**Supera
à todos**

para que les explicase por lo menudo la Reforma; las frases aceradas de don Ramón del Valle-Inclán, ateneísta máximo y pontífice de la sátira; la pomposa sabiduría de doña Emilia, fulminando, tras de sus impertinentes de oro, á quien osase dirigirse á ella sin la reverencia del «señora condesa» por delante. Recuerdo á este propósito una ligera escaramuza entre Dicenta y la autora de *Morriña*. Allá por el año cinco, en la discusión de no sé qué Memoria en la que había intervenido la gran novelista, se levantó á hablar Dicenta, y comenzó su discurso con estas palabras: Ha dicho la conocida literata señora Pardo Bazán...» A doña Emilia, que ocupaba uno de los escaños próximos á la presidencia, le sentó aquel *conocida* como un verdadero rehilete, y al replicar, acto seguido, al gran periodista, sus primeras palabras fueron éstas: «Dice el ilustre tabernario señor Dicenta...» No quiera usted saber la alegre zarabanda que se armó en el salón. Dicenta reía como un bendito. Y doña Emilia, á los que la felicitaban celebrándole el dardo decia, pletórica de triunfo: «¡Para que aprenda á tratar á una dama! Por lo visto, se imagina que está todavía viviendo y bebiendo su *Juan José*...»